

# Carmen Martín Gaité

**C**armen Martín Gaité estuvo en Barcelona el pasado diciembre. Venía, como niña con zapatos nuevos, con su último libro bajo el brazo, *Caperucita en Manhattan*: «Aparte de cómo sea la historia, a mí, la verdad, es que el objeto, esa cosa dura, el libro en sí, me ha encantado. Me ha pasado pocas veces; siempre me gusta más el libro cuando está para salir que luego, cuando sale... Pero con éste me ha pasado lo que hacía tiempo no me pasaba con un libro: me he emocionado al verlo, me revivió toda mi infancia, todos los sentimientos.»

La *Caperucita* de Martín Gaité es el título-estrella de la nueva colección Las Tres Edades que ha comenzado a editar Siruela para todo tipo de lectores. Basada en criterios de calidad literaria, y aunque enfocada sobre todo a los lectores jóvenes, la colección intenta convencer también a los adultos de que la buena literatura no tiene edad. Algo que Carmen cree firmemente: «Yo ya decía, precisamente en el prólogo de uno de los dos libros que tengo publicados en editorial Lumen (*El castillo de las tres murallas* y *El pastel del diablo*), que a los niños no tiene por qué no gustarles la literatura que gusta a los mayores. Yo sé, por ejemplo, que mis *Cuentos completos*, que están en Alianza Editorial, los han leído niños de entre ocho y diez años con auténtica pasión. Y, por otra parte, una de las estudiosas más serias de mi obra en los Estados Unidos, Ruth El Saffar, considera que *El castillo de las tres murallas* es mi mejor libro.»

Sin duda, la prestigiosa profesora norteamericana es de los que no tienen prejuicios contra la literatura infantil. En España, *El castillo de las tres murallas* —excelente novela— no mereció más consideración que la de

obra menor de una gran novelista a la que un día le dio por escribir para niños. A Carmen estas cuestiones la desbordan, entre otras cosas porque nunca se pone a escribir con un planteamiento previo sobre qué quiere decir ni a quién se dirige: «Yo bastante tengo con escribir y con poner bien el gerundio. Por ejemplo, este libro (*Caperucita*) yo no lo había escrito para esta colección. Lo tenía escrito y guardado, como hago siempre. Lo había terminado en febrero (de 1990), y cuando finalizo un libro lo guardo un rato. Un día, hablando con el director de Siruela —somos vecinos y amigos—, le dije que qué le parecía para la colección El Ojo Sin Párpado... y a él se le ocurrió que podía entrar en Las Tres Edades. Pero yo no lo había escrito expresamente para esta colección. Lo que sí había pensado es que no lo quería dar en una colección como la de los dos anteriores, la de Lumen, que se han quedado un poco así... como en unos cuentos más para niños.»

—«*Caperucita en Manhattan*» es su primera novela después de doce años. ¿Por qué tanto tiempo sin escribir ficción?

—Por muchas cosas. Pero sobre todo porque llevo como seis años intentando reponerme de mi



ANA P. CORTÉS.

vida en muchos aspectos. No es que no haya escrito nada de ficción a lo largo de este tiempo. Tengo cosas sueltas por ahí. Pero me dediqué más a cosas de ensayo porque, por una serie de razones relacionadas con mi vida particular y personal, creí que ya no iba a poder escribir nunca literatura. Y es que la vida te enseña las cosas de una manera que ya la literatura te parece como un telón y una pantalla... Cuando pude volver a escribir me atrajo más el ensayo. Saqué los *Usos amorosos de la posguerra española* (1987), que era una cosa que, bueno, resultaba más refrescante, menos de tener yo que ponerme a pensar en nada, porque lo que no quería era escribir cosas tristes ni en plan memorias ni cosas así.

—¿Y entonces surgió «Caperucita»?

—La idea la tenía desde el año 85, por unos dibujos que me enseñó Juan Carlos Eguillor en una ocasión —por eso le dedico a él el libro—, de una niña con capa roja que volaba de Brooklyn a Manhattan. Estábamos en Nueva York. Había ido yo a dar unas clases, y me enseñó esos dibujos en un momento en que yo no estaba realmente para volar ni para nada... más bien para que me recogieran con pala. Y fue la primera vez que el toque de algo divertido me espabiló. Y, bueno, apunté las cosas y empecé a darle vueltas al tema. Después fueron intercálándose otras ideas e historias que tenía ya comenzadas, y sobre todo un trabajo que he estado haciendo sobre *Celia*, que me metió el gusto por volver a este tipo de literatura más fresca.

—Se refiere a los guiones para la serie de televisión sobre los libros de «Celia», de Elena Fortún, que dirigirá Borau...

—Sí. Y es que, hablando precisamente de escritores para niños, Elena Fortún es un genio. Para mí, releer ahora, ya de mayor, a Elena Fortún, ha sido un descubrimiento. Yo, claro,

«Nunca me pongo a pensar previamente en los argumentos. Yo no sé por qué me salen estas novelas.»

ya la había leído muchísimas veces, pero trabajar sobre ella y ver con lupa todo lo que había detrás de lo que escribió... Lo que tiene de crítica de la burguesía, de crítica de los tópicos, de la frases hechas... Lo que es esa mu-

jer... Pues, bueno, todo eso me espabiló esta historia. Cuando terminé de hacer los guiones con Borau estaba otra vez enardecida con lo de *Caperucita*.

—Incluso los dibujos que ha hecho usted para el libro recuerdan a los de «Celia»...

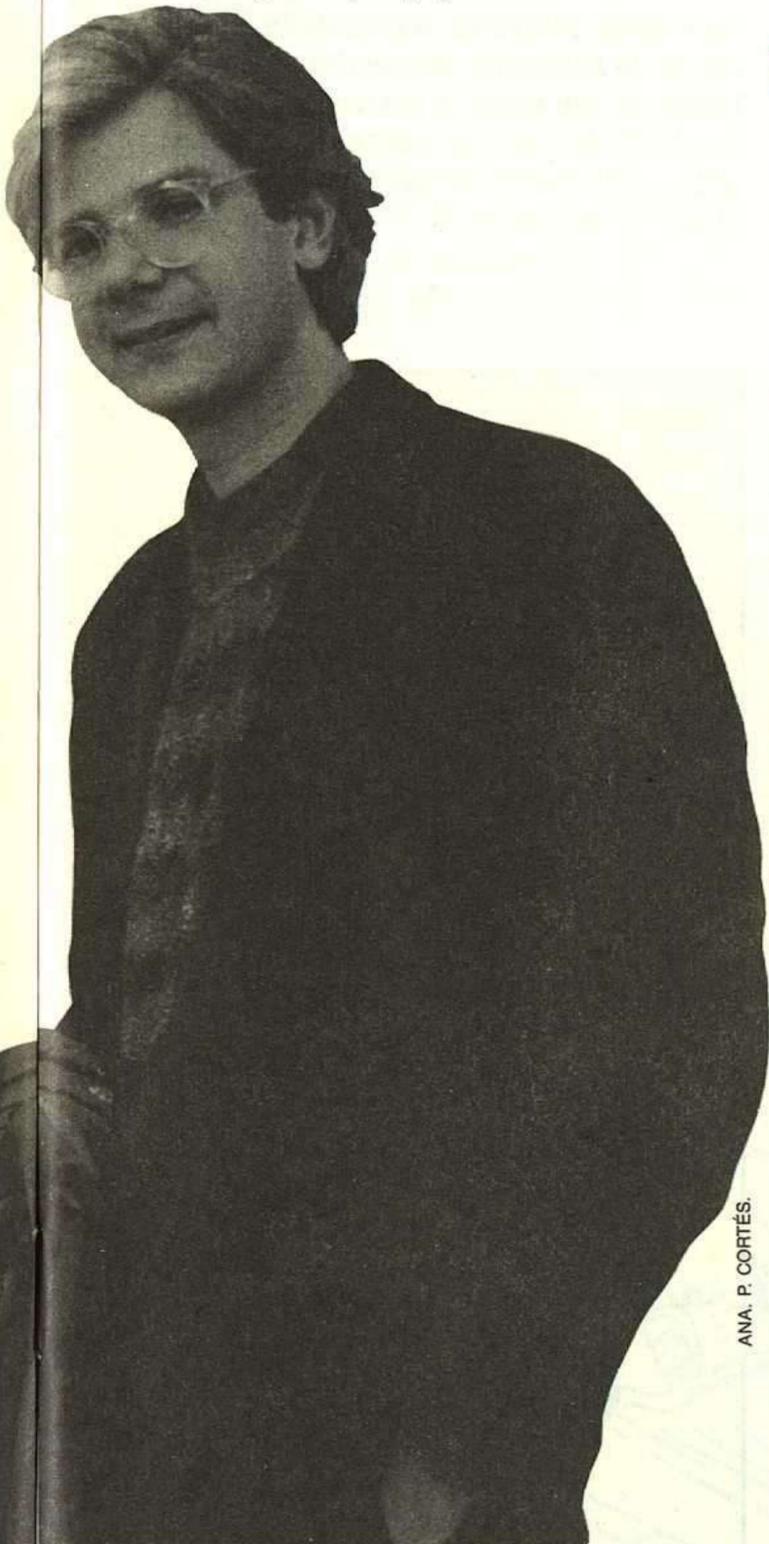
—Es que son los dibujos de cuando yo era pequeña. Son el tipo de dibujos que yo hacía en mis cuadernos. Yo siempre he dibujado cosas así, pero para mí. El otro día estaba mi hermana sacando unos cuadernos que tenía guardados de cuando yo era pequeña, y digo ¡si son iguales que éstos! Recuerdan a *Celia*, claro, y también a otros de la época, como aquellos de *Heidi*...

—¿Ha quedado satisfecha de los guiones de la serie?



De izquierda a derecha: Michi Strausfeld, directora de la colección Las Tres Edades, Carmen Martín el día de la presentación de «Caperucita en Manhattan», en Barcelona.

—Vamos a comenzar a recomponerlos, porque hasta ahora no nos habían dicho que la serie se iba a hacer seguro. Llevamos un año con los guiones entregados, y parece que se va a comenzar a hacer ahora. Estoy trabajando con Borau, porque habíamos hecho catorce episodios, que eran los que nos habían encargado, pero de momento sólo se van a hacer seis. Entonces, claro, hay que darle otro final.



ANA. P. CORTÉS.

Gaité y Jacobo Fitz Stuart, director de Ediciones Siruela

## «A los niños no tiene por qué no gustarles la literatura que gusta a los mayores.»

Se empezará a rodar ahora, en marzo. Lo difícil será encontrar la niña que hará de Celia, pero eso ya no es cosa mía.

—Desde aquellos dibujos de Eguiñor en el 85, hasta la publicación de «Caperucita» en el 90, han pasado cinco años. ¿Es siempre tan largo el proceso de escritura para usted?

—A mí se me encabalgan mucho las ideas. Apunto las cosas y dejo que vayan madurando. Nunca me pongo

a pensar previamente en los argumentos, yo no sé por qué me salen estas novelas. Con los amigos me pasa igual. Yo siempre digo que los amigos se me aparecen como la Virgen de Lourdes. Yo no los encuentro nunca. Cuando los estoy necesitando, vienen. Y con los argumentos me pasa igual: vas pensando y de pronto... ¡toma!, aparecen. Yo escribo como tocan los de jazz, improvisando. Además, yo no hablo de las cosas hasta que estoy de siete meses. Vamos, no es una frase mía, es de Torrente Ballester. Hay gente que va diciendo: estoy escribiendo tal y tal... Yo, hasta que no lo tengo claro, nada.

—¿Y cómo fue «apareciendo» «Caperucita»?

—Yo tenía claro que en la novela había dos partes: una, cuando la niña está deseando salir a Nueva York, y otra, cuando por fin sale. Yo estaba pensando: cuando esta niña salga, tiene que encontrar a alguien que la ponga en contacto con el pastelero... Te-

## Caperucita en Manhattan

Sara Allen es una niña de diez años que vive en Brooklyn, N.Y. Su mayor deseo es el de ir sola a Manhattan para llevar a su abuela una tarta de fresa. La abuela de esta moderna Caperucita ha sido cantante de *music-hall* y se ha casado varias veces. El lobo es mister Wolf, un pastelero multimillonario que vive cerca de Central Park en un rascacielos en forma de tarta. Pero el hilo mágico de este relato se centra en miss Lunatic, una mendiga sin edad que vive de día oculta en la estatua de la Libertad y sale de noche para mediar en las desgracias humanas o, si es necesario, llegar a regalar un elixir capaz de vencer al miedo.



nía claro que el lobo era un pastelero, porque el argumento lo hice así, y enseguida lo dibujé: ¿cómo va a ser el lobo? Pues el lobo va a ser una persona que ligue con la abuela —esto también lo sabía, porque la abuela de esta niña está todavía para ligar... Yo me la imaginaba una especie de Bárbara Stanwick o así. Vamos, que la he pintado así. Entonces dije: claro, si el lobo, en vez de comerse a la abuela baila con ella, pues me parece como muy musical. Ésa fue la primera «trovata» que hice... y lo apunté, pero no lo escribí. El problema seguía siendo encontrar a alguien que sirviera de enlace entre la niña y el lobo que, por cierto, iban a encontrarse en Central Park; eso también lo sabía, porque Central Park estaba apareciendo desde el principio como el pastel de espinacas donde los límites se pierden...

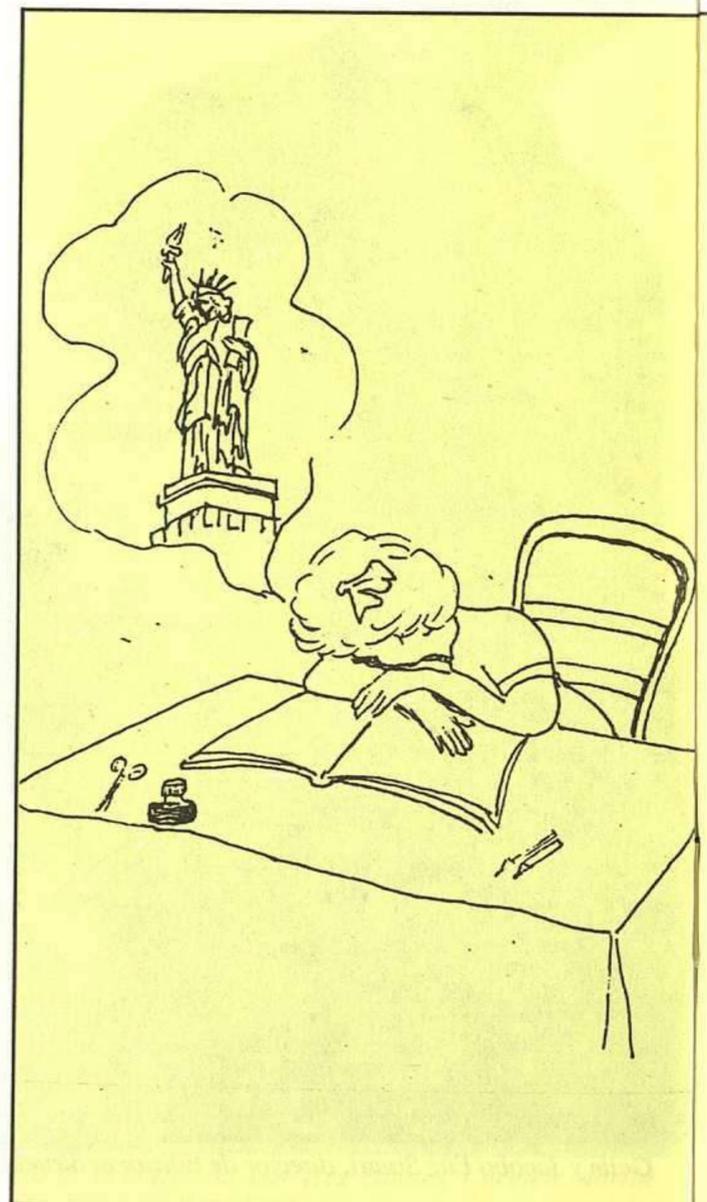
—Y entonces apareció miss Lunatic...

—No. Y mira, esto que te voy a contar parece un cuento sobre el cuento, pero es verdad que me pasó así. Yo había pensado en uno de esos mendigos que se ven tanto por Nueva York. No sabía si iba a ser hombre o mujer... Luego me inventé que sería una



«La curiosidad está en la base de toda literatura infantil.»

mendiga, que vivía dentro de la Estatua de la Libertad, la que iba a encontrarse con la niña. Y un día, de pronto, leyendo una historia de Nueva York, me enteré de que Bartoldi, el autor de la Estatua de la Libertad, ha-



La estatua de la libertad de Norman Rockwell (1946).



bía hecho la escultura inspirándose en la cara de su madre. Me entero de eso y dije: ya lo tengo... miss Lunatic es ella. Y es que, bueno, ¡así se las ponían a Fernando VII!

—En esta nueva novela, y como es habitual en su obra, el personaje protagonista es femenino. ¿Es más fácil para una mujer escribir sobre mujeres?

—Para mí es más fácil. Sé más de niñas que de niños. En primer lugar porque he sido niña, y en segundo porque he tenido una hija con la que siempre he vivido muy en contacto.

—No deja de ser curioso, sin embargo, que una gran mayoría de escri-

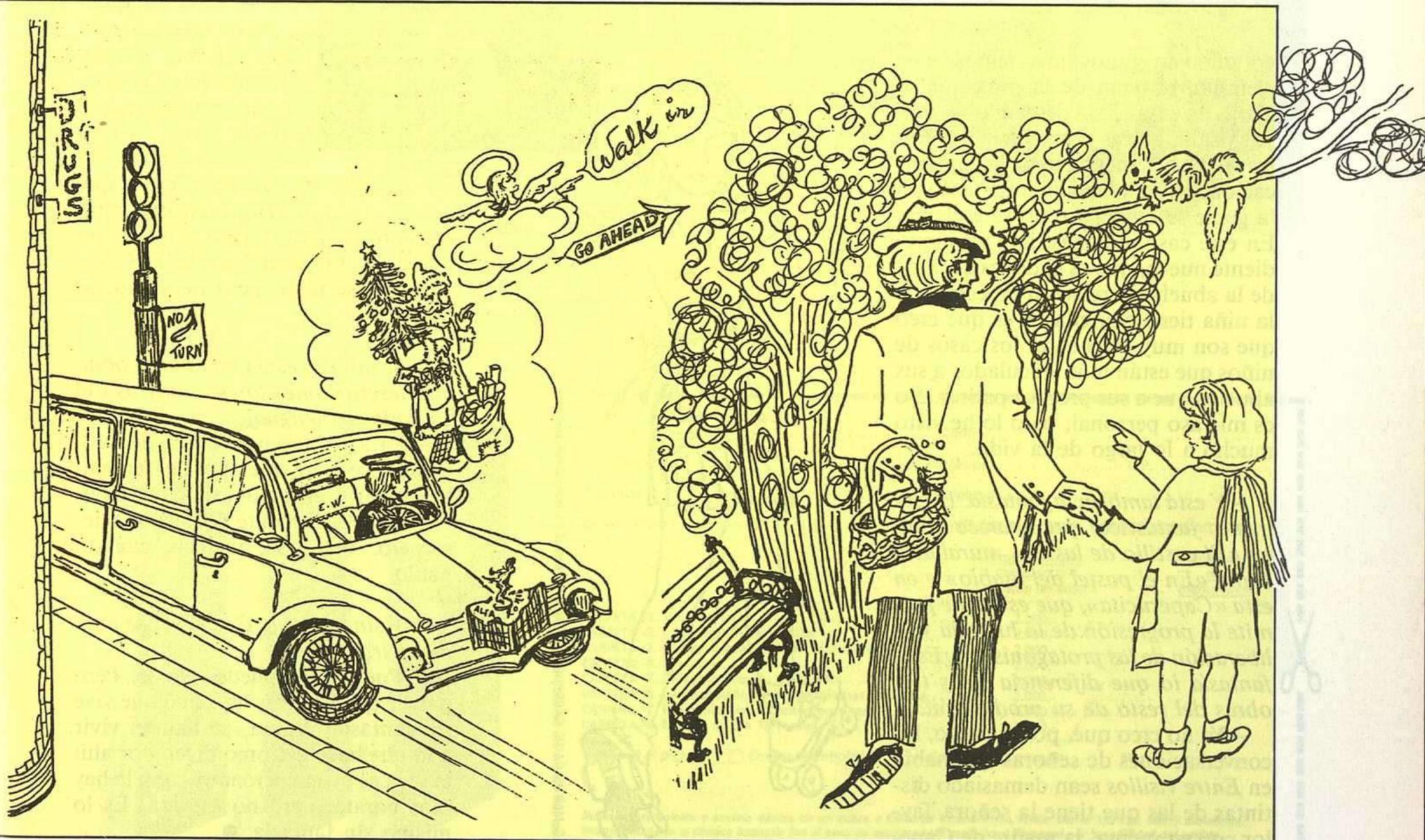
«Esta novela de “Caperucita” tiene bastantes “martingaitadas”.»

toras, sobre todo de las que escriben para niños, lo hagan sobre personajes masculinos...

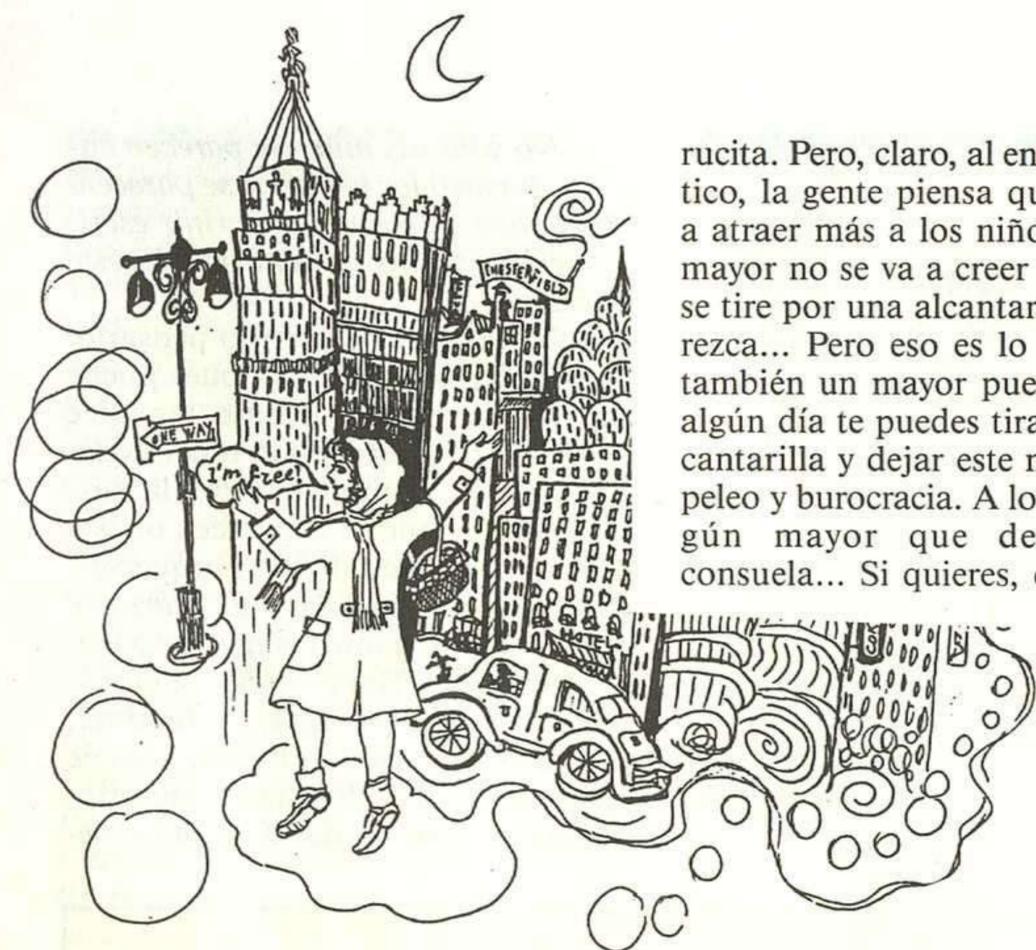
—No sé. Tal vez también yo lo podría hacer. Pero me salen niñas. Además, todas se parecen.

—No sólo sus niñas se parecen entre sí. Incluso las historias se parecen. Hay quien dice que un escritor escribe siempre la misma historia. ¿Es éste su caso?

—No se me ha ocurrido pensarlo. Pero ahora que lo dices, pues puede ser. Mi hermana siempre me dice cuando estoy escribiendo una novela: qué curioso, siempre escribes la misma novela y nunca se parecen unas a otras. Y está bien dicho, porque verdaderamente *Retahílas* y *El cuarto de atrás* se parecen muchísimo, pero luego no es igual. Debe ser eso de las variaciones sobre un tema... ¡Hombre!, la marca de la casa la llevan. Ésta de *Caperucita* tiene bastantes «martingaitadas» y, sin yo darme cuenta, tie-



CARMEN MARTÍN GAITE, CAPERUCITA EN MANHATTAN, SIRUELA, MADRID, 1990.



ne también todos mis temas. Por ejemplo, el tema de la niña que se ahoga en casa y está deseando ser mayor y salir, que es el mismo del de *Entre visillos*. Y luego eso de la comunicación, que a mí me interesa tanto. Si la gente se escucha o no se escucha. En este caso, además, hay un ingrediente nuevo, que es el de los cuentos de la abuela, la relación especial que la niña tiene con ella. Y es que creo que son muy frecuentes los casos de niños que están más vinculados a sus abuelos que a sus propios padres. No es mi caso personal, pero lo he visto mucho a lo largo de la vida.

—Y está también la fantasía. El elemento fantástico, que aparece tanto en «El castillo de las tres murallas», como «En el pastel del diablo» y en esta «Caperucita», que es el que permite la progresión de la historia y la liberación de las protagonistas. ¿Es la fantasía lo que diferencia estas tres obras del resto de su producción?

—Yo no creo que, por ejemplo, las conversaciones de señoras que había en *Entre visillos* sean demasiado distintas de las que tiene la señora Taylor con su vecina, la madre de Cape-

rucita. Pero, claro, al entrar lo fantástico, la gente piensa que algo así va a atraer más a los niños, porque un mayor no se va a creer que una niña se tire por una alcantarilla y desaparezca... Pero eso es lo bonito... que también un mayor pueda soñar que algún día te puedes tirar por una alcantarilla y dejar este mundo de papeleo y burocracia. A lo mejor hay algún mayor que de pronto se consuela... Si quieres, estas tres his-

torias tienen una característica general que está en la base de toda literatura infantil y que es la curiosidad. Curiosidad por conocer algo que no conoces, la curiosidad que está en todo libro de aventuras, el deseo de llegar a un sitio que no conoces y hacerte cobijo, hacer frente al obstáculo con la imaginación.

—¿Es eso nada más, o hay también un intento de explicar cómo se vive ese momento tan difícil de la adolescencia, en que se deja la niñez para entrar en el mundo adulto?

—Supongo que este tipo de libros tienen muchas lecturas. Yo bastante hago con escribir y después el público lo lee como quiere. Desde luego, por mi parte no hay ningún planteamiento. Yo imagino ese personaje, qué le puede pasar... y procuro poner bien el gerundio, que es lo que más me preocupa, repito.

Porque lleva mucha elaboración este libro. Lo he escrito varias veces. No sé si se nota, pero tiene mucho trabajo.

—Se nota en este y en toda su obra. Las descripciones son magníficas y el cuidado del lenguaje...

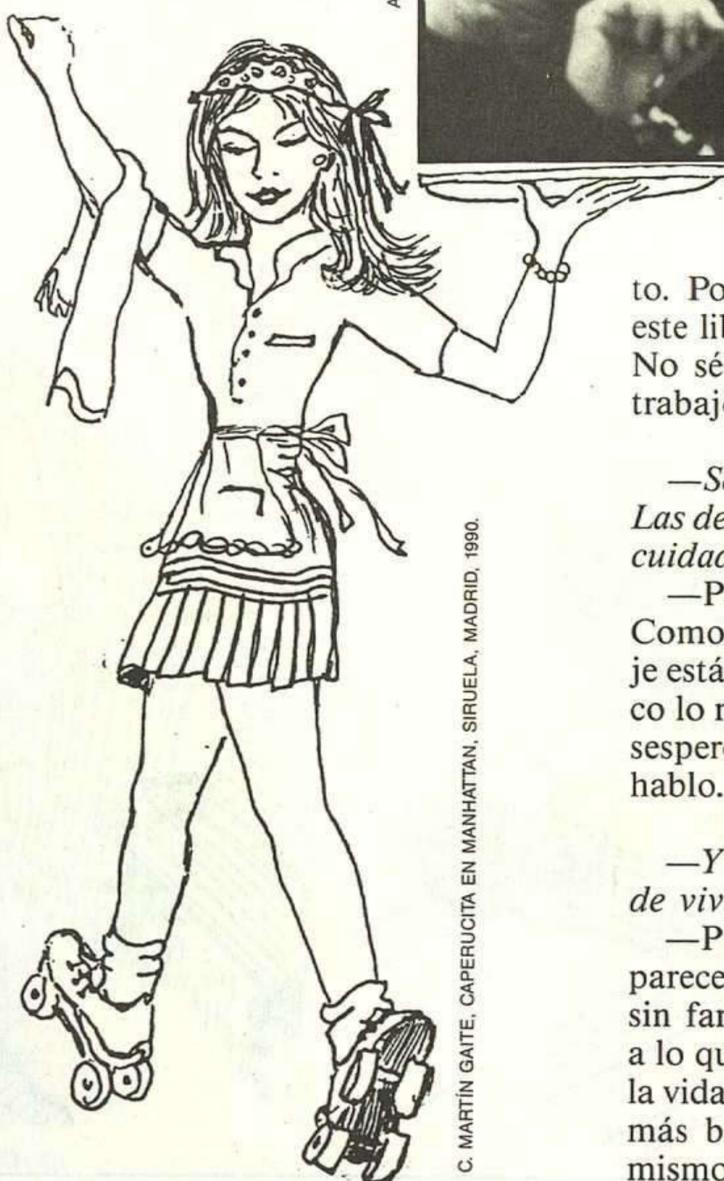
—Para mí es una regla de oro. Como precisamente ahora el lenguaje está tan maltratado, si no me explico lo más claramente posible, me desespero. Pero eso, incluso, cuando hablo.

—Y sin fantasía, Carmen, ¿se puede vivir?

—Pues yo no puedo. No sé. Pero parece que hay mucha gente que vive sin fantasía. Ahora, ¡si llaman vivir a lo que hacen! Como dicen por ahí: la vida es buena pero muy cara; la hay más barata, pero no es vida. Es lo mismo sin fantasía. ■



ANA P. CORTÉS.



C. MARTÍN GAITE, CAPERUCITA EN MANHATTAN, SIRUELA, MADRID, 1990.